



## Los premios de la emperatriz

Juan Eugenio Hartzenbusch

La emperatriz Sofía  
cuatro veces al año repartía  
en pública sesión dos medallones,  
cada cual de valor de cien doblones,  
premio del colegial y colegiala,  
que eran en los exámenes juzgados  
en grado superior aventajados.  
Vestiditos de gala,  
y de curiosa multitud cercados,  
entraban juntos en la rica sala,  
donde, al son de trompetas y atabales,  
a veces con la joya recibían  
otros diversos dones  
de las pródigas manos imperiales;  
al paso que en algunas ocasiones  
corridos niño y niña se veían  
al recibir, delante  
de aquel numerosísimo concurso,  
dádiva tan chocante,  
que la plebe y la corte, sin recurso,  
burlábanse con dura pertinacia  
de los dos angelitos: verbi gracia.  
Benito y Valentina,  
chicos de doce abriles,  
él docto en la gramática latina,  
y hábil ella en labores femeniles,  
fueron los dos electos  
por la junta de escuelas competente

como pareja igual, sobresaliente,  
como alumnos perfectos  
de latín y costura. Lindamente.  
Pero es el caso que en palacio había  
un pajarito azul, que los defectos  
de los niños de escuela descubría;  
y el pájaro maldito  
contó a la Emperatriz... -¡Qué picardía!  
Yo, vamos, el pescuezo le torciera.  
Contó de Valentina y de Benito  
la corta friolera  
de que él era un llorón, y ella una fiera.  
Ya llegó el día de función prescrito.  
La señorita, pues, y el señorito  
prepáranse de prisa y van despacio  
(porque mejor los miren) a palacio.  
Su Majestad al cuello  
les pone, al son del atabal sonoro,  
los codiciados medallones de oro;  
y después (aquí es ello)  
dice a Benito así: Cierta avecilla  
que os atisba las faltas y las pilla,  
te acusa de marica y apocado;  
por lo cual, que te compren he mandado  
ese cumplido chal y esa mantilla:  
póntelos de contado.  
Y usted (dijo a la niña) que es persona  
del sexo débil y de clase fina;  
pero que audaz y díscola y gritona,  
en vez de Valentina,  
merece se la llame Valentona,  
sepa que por sus rústicas hombradas,  
le va a plantar aquí mi camarera  
un par de charreteras encarnadas  
y una gorra de pelo granadera.

Pues o renuncian a su ser y nombre,  
o han de tener por cualidad primera  
dulzura la mujer, valor el hombre.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

---

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

